

e-I@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

“Todo el poder a las bases”: Reconstruyendo las influencias y el perfil político-ideológico de las FAP-PB

"All power to the bases": Reconstructing the influences and the political-ideological profile of the FAP-PB

Stavale, Mariela

FaHCE-UNLP/ Conicet. Correo electrónico: mari_stavale@yahoo.com.ar

Stavale, Santiago

FaHCE-UNLP / Conicet. Correo electrónico: santiagostavale@gmail.com

Recibido con pedido de publicación: 23/12/2022

Aceptado para publicación: 16/05/2023

Resumen

Este trabajo busca reconstruir y analizar las referencias teórico-ideológicas que animaron la experiencia de las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base (FAP – PB), dos de las organizaciones más importantes de la corriente alternativista del peronismo revolucionario durante los años 70'. Las FAP-PB asumieron una forma organizativa, una estrategia de poder, una concepción sobre la revolución y una posición en el peronismo que las diferenció del resto de las organizaciones hegemónicas de la nueva izquierda. Consideramos que esta experiencia puede ponerse en diálogo con el desarrollo teórico-conceptual de tres referencias teóricas de la tradición marxista: Rosa Luxemburgo, la etapa concejista de Antonio Gramsci y la experiencia del operaísmo italiano de los años 60' y 70'. Nuestro objetivo es aportar un encuadre teórico y político, que nos permita repensar críticamente la experiencia del basismo en Argentina.

Palabras clave: Basismo; vanguardismo; poder obrero; fábrica; control obrero de la producción

Summary

This work seeks to reconstruct and analyze the theoretical-ideological references that encouraged the experience of the Peronist Armed Forces and Base Peronism (FAP - PB), two of the most important organizations of the alternative current of revolutionary Peronism during the 70's. The FAP-PB assumed an organizational form, a power strategy, a conception of the revolution and a position in Peronism that differentiated them from the rest of the hegemonic organizations of the new left. We believe that this experience can be put into dialogue with the theoretical-conceptual development of three theoretical references of the Marxist tradition: Rosa Luxemburg, Antonio Gramsci's council stage and the experience of Italian operaism in the 60's and 70's. Our objective is to provide a theoretical and political framework, which allows us to critically rethink the experience of basism in Argentina.

Key words: Basism; avant-gard; workers power; factory; worker control of production

Introducción

Este artículo se concentra en la experiencia de dos organizaciones de la *nueva izquierda argentina* que formaron parte de la constelación del peronismo revolucionario: las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base (FAP – PB). En términos generales, el concepto de nueva izquierda nombra al conjunto de fuerzas sociales y políticas que emergieron tras el derrocamiento y proscripción del peronismo en 1955, se consolidaron durante los años sesenta al ritmo de los procesos de ruptura y transformación de diferentes tradiciones políticas y culturales -como la izquierda, el peronismo, el nacionalismo o el cristianismo- y, amparadas en las ideas revolucionarias que llegaban desde Cuba, protagonizaron el ciclo de movilización y radicalización política que tuvo lugar hacia fines de los sesenta e incluyó diversos repertorios de acción: la política armada, movimientos de tipo insurreccional, un amplio activismo social y la revuelta cultural (Tortti, 2014, 2021)¹.

Aquí nos proponemos rastrear las referencias teórico-ideológicas que animaron la experiencia de las FAP-PB. Dos organizaciones que, a pesar de que nos acercan a una de las formas que adquirió la radicalización política por aquellos años, la izquierdización del peronismo, han sido comparativamente menos estudiadas que otros procesos² (Stavale M, 2012, 2021 y 2022).

La bibliografía³ existente es relativamente escasa y ha tendido a concentrarse en el estudio de las FAP, haciendo énfasis en el período “foquista” de la organización: aquel que va desde su surgimiento en 1968, hasta el lanzamiento de la Alternativa Independiente (AI) y sus consecuencias (Luvecce, 1992; Duhalde y Pérez, 2003; Raimundo, 2004, Stavale, 2012). A la vez, no hay coincidencias sobre la naturaleza del vínculo entre esta organización y el PB. Autores como Luvecce (1992) consideran que ambas son organizaciones paralelas, mientras que investigaciones más recientes las consideran como dos instancias de un proyecto político

¹ Junto con la constitución de la historia reciente argentina como un campo específico, se han abierto debates importantes en torno a cómo mirar ese pasado y a partir de qué conceptos hacerlo. Una de estas discusiones gira en torno a la noción de nueva izquierda y su utilidad analítica para nombrar las experiencias políticas y militantes que surgieron durante este período histórico. El concepto posee un recorrido amplio y transnacional; en Argentina, viene siendo definido como un concepto y un enfoque analítico que incluye la reconstrucción e historicidad de los diversos sectores que compusieron y, por otro lado, observa analíticamente las experiencias de actores sociales, sindicales y del campo de la cultura, analizando el vínculo entre ellos y con las organizaciones revolucionarias (Tortti, 2021; Pis Diez y Stavale, 2022)

² En efecto, la bibliografía específica ha tendido a reconstruir y analizar el fenómeno de la peronización de sectores provenientes de la izquierda tradicional, del cristianismo o el nacionalismo. De allí que existan abultados estudios sobre Montoneros y la Juventud Peronista (Lanusse, 2005; Gillespie, 2008; Otero, 2019, entre otros) como, también, sobre las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) (González Canosa, 2021).

³ Sobre la bibliografía disponible, debemos decir que existen investigaciones estrictamente académicas –como las realizadas por Luvecce (1999) Raimundo (2004) o Stavale (2012; 2021, 2022)- que se diferencian de otras escritas en clave testimonial o documental (Perez y Duardhe, 2003; Baschetti, 1997; Gasparini, 2006). Aunque de status y alcances diferentes, aquí valoramos el corpus en su totalidad, por la información empírica que brindan, las interpretaciones y resignificaciones de sus autores y porque, para el caso estudiado, resultan sumamente significativas.

común (Duhalde y Perez, 2003; Raimundo, 2004; Stavale 2012). En este trabajo sostenemos que la tendencia a dar por sentada esa relación ha contribuido a ciertas simplificaciones analíticas, como aquella que interpreta al PB como la mera organización de superficie de la organización armada. Lejos de estas lecturas, aquí subrayamos la complejidad de la relación entre el PB y las FAP, sobre todo porque no fue un vínculo lineal, su conformación fue desigual y “desde abajo”, se encontró sujeto a variaciones regionales y no estuvo presente desde los orígenes.

Ahora bien, para recuperar y analizar los nudos ideológicos de estas organizaciones, es necesario caracterizar y reconstruir su estructura organizativa; tarea que no es para nada sencilla pues nos enfrenta a esta heterogeneidad.

Las FAP, como hemos dicho, tomó estado público en 1968, tras intentar instaurar un foco guerrillero rural en la localidad de Taco Ralo, Tucumán. Esta experiencia fallida y la detención de casi todo el grupo original que había subido al monte, abrió un proceso de crisis que puso en tela de juicio los acuerdos mínimos e iniciales que los habían cohesionado en torno a la convicción de llevar adelante la lucha armada para responder a la política represiva del gobierno militar⁴ y lograr el regreso de Perón (Luvecce, 1992; Pérez, 2003; Raimundo, 2004; Stavale M, 2012). Como consecuencia de este proceso de transformación, las FAP redireccionó su práctica a la guerrilla urbana y comenzó a nutrirse de nuevos grupos de activistas de extracción estudiantil y, fundamentalmente, obrera. Este proceso fue consolidando una corriente novedosa al interior de la organización que, vertebrada en torno a los conceptos de “alternativa” y “clase obrera” se consolidó hacia 1971 y cristalizó en el lanzamiento de la “Alternativa Independiente” (AI), propuesta que dio nombre a la corriente alternativista (Raimundo, 2004; Stavale M, 2021).

Por otra parte, el PB surgió en Córdoba, durante el año 1969. Fogueado por las insurrecciones populares obreras y estudiantiles conocidas como el “Cordobazo”, la organización se nutrió de afluentes diversos: un activismo estudiantil y cristiano con raíces en el movimiento Integralista⁵ y una intensa actividad en las universidades católica y nacional pero, también, en barrios y fábricas; una militancia gremial que provenía de las entrañas del peronismo y que participó en la regional cordobesa de la central gremial y combativa que

⁴ Nos referimos a la dictadura militar auto-denominada “Revolución Argentina” (1966-73). La violencia represiva, el programa económico del proyecto militar y la suspensión de la actividad política, puso a la sociedad en un estado de ebullición que terminó explotando en 1969, con las insurrecciones populares conocidas “Rosariozo” y “Cordobazo”. Las consecuencias de este ciclo de protesta se expandieron rápidamente, a partir movimientos insurreccionales, direcciones clasistas y combativas en el movimiento obrero y la consolidación de las organizaciones revolucionarias peronistas y marxistas. En 1971 se produjo un nuevo estallido social y político, conocido como “Vivorazo” produciendo las renuncias sucesivas de los generales Onganía y Levingston. El general Lanusse tomó el mando de la debilitada dictadura, hasta las elecciones de 1973.

⁵ El Movimiento Integralista de Córdoba (fundado en 1956) se definía como un movimiento cristiano y revolucionario. Progresivamente, sus activistas fueron radicalizándose al amparo de las transformaciones sucedidas al interior de la Iglesia Católica y a partir de hechos concretos, como el golpe de Estado de 1966. El integralismo nutrió a importantes organizaciones revolucionarias peronistas como el PB, Montoneros y Descamisados. Ver: Pablo Bonavena, “El Integralismo de Córdoba frente a la Revolución Argentina durante 1966: La radicalización del catolicismo universitario”, IV Jornadas de Sociología, La Plata, 2005.

encarnó la CGT de los Argentinos (CGT-A)⁶ y, finalmente, la experiencia del *clasismo* que, hacia 1970 y basada en los postulados de la lucha de clases, se consolidó como una nueva corriente al interior del movimiento sindical. Casi al unísono, emergieron también en Tucumán y Chaco, fuertemente ligados a la radicalización de dirigentes gremiales y de curas obreros vinculados al movimiento azucarero (Dri, en entrevista con la autora, 2013) y, luego, en otras zonas del país, dónde la organización se replicó desordenadamente. Así, el PB brotó en Mendoza, Salta, Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires, a partir de un doble movimiento: la conjunción de grupos con prácticas diversas (barriales, gremiales, estudiantiles) y, efectivamente, el proceso de articulación con las FAP que catalizó la consolidación del PB en algunas de sus regionales (Pis Diez y Stavale M, 2022; Stavale M, 2022)

En efecto, hacia 1973, FAP y PB habían avanzado en un proceso de fusión y acoplamiento, transformándose en una misma organización que se volvió hegemónica dentro de la *constelación alternativista*⁷. Ahora bien, ¿a qué nos referimos al hablar de *alternativismo*? En términos generales, aludimos a una particular estrategia de inserción en el movimiento social y fabril pero, también, a una posición propia dentro del peronismo. Respecto de este último punto, porque los *alternativistas* redefinieron el vínculo peronismo/revolución, proclamando al socialismo como objetivo final de la transformación social y a la clase obrera, como su principal protagonista. Con esta línea, denunciaron las contradicciones de clase al interior del peronismo y postularon la necesidad de construir una organización que, surgida desde las bases y con independencia de Perón (quien ya no se concebía como líder revolucionario), acentuara el carácter clasista de la identidad peronista (González Canosa y Stavale, 2021; Stavale M, 2021).

⁶ La CGT-A surgió en 1968, expresó una ruptura en el movimiento gremial y catalizó la construcción de “nuevo tipo de sindicalismo” que venía expresándose inorgánicamente desde abajo, a partir de una lógica confrontativa, pluralista y antiimperialista; además, se constituyó como opositor a las “burocracias sindicales” representadas en el vandorismo (Bozza, 2009, p.: 188)

⁷ La corriente alternativista no se redujo sólo a las FAP y el PB. Por el contrario, nucleó a otras organizaciones (armadas y no armadas) y a grupos políticos, sindicales y culturales, cohesionados en torno a la Alternativa Independiente (AI). Entre los otros actores que la compusieron, destacamos a Montoneros columna José Sabino Navarro (McJSN) –una escisión de Montoneros- (Seminara, 2015), el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (MR17), el Frente Revolucionario Peronista (FRP) y el Frente Revolucionario 17 de Octubre (FR17) (Perez, 2013; Gurrucharri et.al., 2020) entre las organizaciones revolucionarias; gremios combativos vinculados a la CGT-A como el de Farmacia (dirigido por Di Pascuale y Ferraresi), el de obreros gráficos (encabezado por Ongaro) o Telefónicos (bajo el liderazgo de Guillán) o grupos político-culturales, como el que giró en torno a las revistas MPLy DF, dirigidas por Ortega Peña y Duhalde (Stavale, 2018).

Respecto de la estrategia política, el PB y las FAP⁸ debatieron con la concepción del partido de vanguardia, es decir, con la idea de una estructura organizada de manera independiente a la clase obrera (Stavale y Stavale, 2021). Por el contrario, se constituyeron como una organización política no reductible a la fórmula marxista-leninista según la cual el proletariado sólo podía superar los límites de la ideología burguesa a través del partido de vanguardia -portador de su “ideología histórica”- para que, desde afuera de la relación meramente económica entre patronos y obreros, incorporase la conciencia socialista y revolucionaria.

En oposición a estas lecturas, las FAP-PB valorizaron la experiencia de clase de los trabajadores dentro de las fábricas, proponiendo que la organización revolucionaria brotara de allí directamente. Este *espíritu basista* que animó a la organización encarnó, también, en la apuesta por extraer un conocimiento específico de la historia de lucha de los obreros peronistas; es decir, de sus propias prácticas, que sirvieran como fundamento para la acción revolucionaria. En efecto, ambas organizaciones se nutrieron de un activismo que, en mayor o menor medida, forjó su experiencia política en las entrañas del movimiento social, intercalando militancias sindicales-obreras y peronistas. Muchos de ellos participaron de la resistencia peronista, nutrieron a las primeras organizaciones del peronismo revolucionario en los años 60 y, más tarde, a la CGT-A⁹ (Stavale M, 2021; Pis Diez y Stavale, 2022). De hecho, los principales dirigentes gremiales y políticos del basismo comenzaron sus trayectorias al calor de estas experiencias, expresando aquel proceso de radicalización que fue del peronismo al marxismo (y no a la inversa).

Ahora bien, como también advierte Marcelo Raimundo (2004), esta izquierdización del propio peronismo abrevó en aportes de diversos autores y líneas de pensamiento político que iban de Marx, Lenin y Mao, hasta Luxemburgo, Potere Operaio y Cooke (lista a la que nosotros le agregamos a Antonio Gramsci). En el presente trabajo proponemos entablar un diálogo con este último eje de autores: Luxemburgo, Gramsci y el Operaísmo. Nuestra intención no es la de subrayar una relación de influencia unidireccional ni rastrear los ecos de la teoría en la práctica de los actores; lo que buscamos es cultivar esa relación, impulsados por tres motivos que nos parecen importantes de remarcar: el reconocimiento de militantes que han sido referencias intelectuales para las FAP y el PB y que recuerdan haberse inspirado en estos corpus teóricos para repensar la propia experiencia (y re-escribirla); los importantes puntos de coincidencia entre la práctica (y la teorización de la práctica) basista respecto de algunas ideas principales de aquellos y aquellas referentes intelectuales y políticos y, finalmente, la consideración de que, cultivando ese diálogo, es posible avanzar en una comprensión más acabada del perfil político-ideológico de las FAP-PB.

En función de nuestros objetivos, en una primera parte, abordaremos aquel tridente de autores concentrándonos en una serie de nudos problemáticos que, creemos, resultan especialmente operativos para repensar, luego, la experiencia del basismo. Se trata, por cierto,

⁸ Debemos tener en cuenta que, inicialmente, las FAP surgieron ligadas a una concepción foquista clásica e intentaron llevar adelante una experiencia de tipo rural. Fue el repentino fracaso de ese intento y la detención de todos sus dirigentes, lo que abrió el paso a un período de crisis y transformación, que se vio acompañado por la incorporación de nuevos militantes, muchos de los cuales habían sido gremialistas combativos de la CTG-A. Los debates que giraron en torno a las redefiniciones políticas e ideológicas que trajo aparejada esta situación, produjo un proceso de depuración al interior de las FAP: quienes no acompañaron el “giro basista” y la AI, terminaron desprendiéndose de la organización.

⁹ Entre ellos, podemos mencionar a: Envar El Kadri, Nestor Verdinelli, Raimundo Ongaro y Jorge Di Pascuale, Raimundo Villaflor y su “grupo de Avellaneda”, entre otros.

de una selección deliberada de la vasta obra de estos autores que, como todo recorte, deja por fuera otras lecturas posibles¹⁰; sin embargo, argumentaremos la pertinencia y productividad de aquellos que hemos elegido. Específicamente, nos referimos a la crítica a la forma partido y al centralismo leninista; la cuestión de la democracia obrera y sus instituciones; la centralidad de la fábrica en la construcción del poder obrero y la tensión entre espontaneidad y dirección consciente. Como veremos, estos clivajes nos permiten analizar el desarrollo político de las FAP-PB, a la vez que le otorgan carnadura teórico-ideológica a sus principales propuestas políticas.

Democracia, espontaneidad y dirección consciente en Luxemburgo, Gramsci y el *operaísmo* italiano

“(…) las revoluciones no permiten que nadie juegue con ellas al maestro de escuelas” (Rosa Luxemburgo, Huelga de masas, partido y sindicato, p. 108)

Como adelantamos, en esta sección repasaremos las obras de Luxemburgo, Gramsci y el *operaísmo* italiano. Respecto de la revolucionaria polaca, repasaremos algunas de las ideas claves planteadas en dos textos centrales de su obra: “Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa” (1904) y “Huelga de masas, partido y sindicatos” (1906) puesto que allí, la autora condensa sus posiciones sobre la organización política (o “dirección consciente”) y su vínculo con las masas, así como la politicidad de las manifestaciones espontáneas y el papel de la autoactividad de la clase obrera en el proceso revolucionario.

El primero de ellos fue producido en respuesta polémica a los textos “¿Qué hacer?” y “Un paso adelante, dos atrás” de Lenin. Allí, el líder bolchevique ruso planteaba un modelo de partido revolucionario clandestino, compuesto por militantes profesionales y con una dirección centralizada¹¹. En efecto, las críticas de Luxemburgo se centraban en las características “ultracentralistas” que identificaba en el modelo leninista de partido, donde el Comité Central sería el “único organismo pensante” y sus miembros, meros “brazos ejecutores”. Si bien la dirigente polaca reconocía como necesaria la tendencia a centralizar la dirección de la organización revolucionaria para evitar la sectorialización y regionalización de los intereses del proletariado mejorando su representación a nivel nacional, lo que discutía eran los grados que debía asumir dicha centralización para no ahogar la actividad, participación y movilización directa e independiente de las masas. Para Luxemburgo, el problema estaba en que el “ultracentralismo” leninista suponía una “subordinación ciega, hasta el último detalle, de todas

¹⁰ Este trabajo abreva en una concepción hermenéutica crítica: entendiendo los textos analizados como construcciones históricas, contextuales y dinámicas y a nuestro rol lector como capaz de interpretarlas, comprenderlas y resignificarlas. Nuestra mirada ha buscado, además, entender la articulación del texto con una realidad histórica específica. Tras una revisión general de la obra de los autores analizados, hemos realizado una reducción orientada y fundamentada en dos aspectos metodológicamente relevantes: el diálogo entre los autores seleccionados y, por otro lado, el vínculo posible con la experiencia de las FAP-PB.

¹¹ La propuesta de Lenin se oponía abiertamente a la de un sector del Partido Social Demócrata Ruso (los mencheviques) que proponían un partido amplio, que reconociera como miembros a cualquiera que aceptara su programa y su dirección política.

las organizaciones al centro” separando al núcleo de revolucionarios respecto de las masas “sin partido” (2004: 64). El problema, entonces, residía en que se desplazaba el protagonismo de las masas en el proceso revolucionario y se la reemplazaba por un “grupito de revolucionarios” que resolvían a priori las tareas insurreccionales dándole la forma de un plan ya elaborado.

En ese sentido la táctica revolucionaria no podía salir de un Comité Central sino que debía emerger de la actividad del movimiento obrero, es decir, como “producto de una serie de grandes actos creadores de una lucha de clases a menudo espontánea, que busca la manera de avanzar” (Luxemburgo, 2005: 66). De este modo, las tareas del partido u organización política debían pasar, no por la preparación a priori de la revolución, sino por la “evaluación histórica correcta de las formas de lucha que corresponden a la situación dada” y por comprender la relatividad y al mismo tiempo el incremento, de la tensión revolucionaria que se vive en cada etapa. De ello se desprendía la indefectible libertad de acción e iniciativa que debían tener las secciones y federaciones de un partido.

Esta posición encerraba una concepción sobre la potencialidad de la acción directa y del efecto politizador y de vanguardia que, a su juicio, podían adquirir las luchas espontáneas de los obreros. En este punto, Luxemburgo también polemiza con el autor del *¿Qué hacer?*, quien sostenía la tesis de la “conciencia externa” que suponía que las masas, por sí mismas, no podían trascender el economicismo y, por ende, las ideas socialistas debían ser incorporadas desde el exterior por el partido revolucionario. En debate abierto con estas posiciones, Luxemburgo revalorizaba la autoactividad de la clase obrera y encontraba en su experiencia de lucha, un elemento fundamental en la conformación de la conciencia política y revolucionaria de los trabajadores. De hecho, el texto plantea que el surgimiento de los grandes dirigentes, así como de los organismos organizativos de la clase, siempre aparecen como consecuencia espontánea de la “fermentación del movimiento” que, en muchas ocasiones, camina delante del partido e, incluso, puede llegar a convertirse en un “chaleco de fuerzas burocrático” o conservador en momentos de avance.

Estas ideas son profundizadas en el libro “Huelga de masas, partido y sindicatos”. Allí, a partir de una reflexión sobre la Revolución Rusa de 1905, teoriza acerca de la tensión dialéctica entre espontaneidad y dirección consciente y entre lucha política y lucha económica. Su tesis principal reside en que la revolución no responde a leyes mecánicas ni puede pensársela como un conjunto de luchas “ordenadas y bien disciplinadas” sino que debe ser entendida como un largo proceso caótico de flujos y reflujos en el que las luchas económicas se transmutan en luchas políticas y viceversa y que, por ende, la explosión insurrecta de las masas, por más básicas que sean las reivindicaciones que las impulsen, pueden conllevar saltos en la conciencia no previstas por ningún Comité Central.

En ese sentido, la autora critica a aquellas concepciones que desestimaban las huelgas económicas o las consideraban como un retroceso en contraposición a las huelgas “puramente políticas”, planteando que ambas formas de lucha formaban parte de un mismo proceso. Incluso llega a considerar que la generalización de las primeras podía ser expresión de un estado superior de la lucha revolucionaria, en tanto que anunciaban un salto a la acción de sectores enteros de la clase obrera que rompían con un estado de pasividad previa: “El obrero, despierto de golpe a la actividad por la corriente eléctrica de la acción política, empuña el arma que tiene más a mano para luchar contra su esclavitud económica” (Luxemburgo, 2005: 107).

Por último, y volviendo al papel de la organización política, la autora insiste en que los levantamientos proletarios en el marco de la revolución no dependen de la buena voluntad y disciplina de un partido y que, si bien la iniciativa política y la dirección general deben recaer en “el núcleo organizado y más esclarecido del proletariado”, el elemento espontáneo juega un rol preponderante en los estallidos. De aquí que el partido tenga la obligación de mantenerse en contacto estrecho con el estado de ánimo de las masas y no caer nunca por debajo del nivel

exigido por la real relación de fuerzas. Es en ese sentido que debe asumir la dirección política de las revueltas y huelgas allí donde se produzcan, proveyéndoles de línea en “cada fase y cada momento de la lucha política de modo tal que toda la fuerza disponible del proletariado, ya soliviantado y activo, encuentre expresión en el plan de batalla del partido” (Luxemburgo, 2005: 109).

Otro autor y dirigente revolucionario que teoriza sobre el vínculo entre la espontaneidad y la dirección es Antonio Gramsci, quien como veremos, también resuena en los planteos de las FAP-PB. En un texto que lleva por título aquel binomio, “Espontaneidad y dirección consciente” (1931), el dirigente italiano, de reconocida filiación leninista, planteaba que el elemento de la espontaneidad es característico e intrínseco a la historia de las clases subalternas, y que en todo “movimiento espontáneo” (es decir “formados a través de la experiencia cotidiana iluminada por el sentido común”), aunque incontrolables, existen elementos de dirección consciente. De lo que se trata, según Gramsci, es de educar dicho movimiento, “depurarlo de todo elemento extraño que pudiera corromperlo, para hacerlo homogéneo, pero de un modo vivo e históricamente eficaz” (2004: 311). En ese sentido, la acción política real de las clases subalternas, debe ser entendida como resultado de la unidad entre la “espontaneidad” y la “dirección consciente” y no como una “simple aventura de grupos que se limitan a apelar a las masas” (Gramsci, 2004, p.311). De modo que el intelectual (y Gramsci piensa al partido como un “intelectual colectivo”) debe “traducir al lenguaje teórico los elementos de la vida histórica y no al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto” (Gramsci, 2004: 312).

A la vez, en dicho texto, Gramsci también reflexiona sobre la experiencia del movimiento turinés de Consejos de Fábrica de los años 1919 y 1920, conocido como Bienio Rojo, en el que, como remarca el autor, la espontaneidad de las masas y la dirección se fundieron de modo tal que se demostró prácticamente que no se trataba de “algo arbitrario, artificial y no históricamente necesario” (Gramsci, 2004: 311). Aquel movimiento revolucionario tuvo como protagonistas a los obreros de la automotriz Fiat y al mismo Gramsci, junto a su núcleo político socialista, organizado alrededor del periódico “L’Ordinenuovo”. Gramsci, que para aquel entonces era uno de los primeros exégetas italianos de la gesta bolchevique de 1917, se entusiasmó con la posibilidad de expandir la experiencia rusa a su tierra y, especialmente estimulado por la fuerza y potencialidad que habían adquirido los soviets en aquella revolución, consideró que las comisiones internas de fábrica de Turín podían ser tomadas como un germen de aquellos organismos (Fiori, 2009: 143.). De este modo, ante el surgimiento del primer consejo obrero en 1919, el dirigente italiano y su grupo concentraron su actividad en expandirlos al conjunto de las fábricas con perspectivas de fomentar un movimiento insurreccional. En ese marco, fue que teorizó sobre la importancia de los consejos obreros como instituciones claves en la construcción de la sociedad socialista. Nuestra intención es repasar algunos de los conceptos fundamentales de esta etapa “consejista” de Gramsci ya que consideramos que sus ideas sobre el poder y la democracia obrera, así como el control obrero de la producción fueron parte (directa o indirectamente) de la cosmovisión político-ideológica de las FAP-PB.

El eje teórico de la reflexión de Gramsci es la construcción del poder obrero en el transcurso de la revolución, entendida como proceso de autogestión de masas. En consecuencia, su preocupación central pasaba por la creación de los organismos e instituciones a través de las cuales los trabajadores controlarían la producción, se educarían en la lucha revolucionaria, se constituyeran como clase dirigente y, al mismo tiempo, prefiguraran las bases organizativas de la sociedad futura. Y el centro de ese poder debía organizarse, estar fundado, *en y partir* de las fábricas:

(...) el proceso revolucionario se realiza en el campo de la producción, en la fábrica, donde las relaciones son de opresor a oprimido, de explotador a explotado, donde no hay libertad para el obrero ni existe la democracia; el proceso revolucionario se realiza allí donde el obrero no es nadie y quiere convertirse en todo, allí donde el poder del propietario es ilimitado, poder de vida o muerte sobre el obrero, sobre la mujer del obrero, sobre los hijos del obrero (Gramsci, 2004:79)

Gramsci consideraba que la fábrica, espacio constitutivo de la relación capital-trabajo y del capitalismo, es el lugar donde el obrero vive su doble condición de engranaje de la “máquina-división del trabajo” por un lado, y de “productor” del mundo de las cosas por el otro, por lo que considera que cobrando conciencia de esto último los trabajadores podrían alcanzar su unidad orgánica en contraposición a la clase capitalista. De este modo, el proletariado se constituiría como clase que se afirma en su poder de producción, en su condición de fuente del poder industrial.

La fábrica aparece como el espacio por antonomasia desde el cual fundar un nuevo poder, basado en la cooperación social que impone la producción capitalista (y que explota y expropia el capital) pero que, retomada y dirigida por los obreros, se erige en el fundamento de la nueva sociedad de productores libremente asociados. De modo que es allí donde deben construirse las “células” de un nuevo Estado, que para Gramsci son los Consejos de fábrica. En estos organismos, los trabajadores no se reúnen en tanto asalariados sino en tanto productores y, por ende, pueden plantearse el control obrero de la producción y la sustitución de la burguesía en el gobierno de la industria. El consejo entonces es una institución de raíz económica y política, que prefigura tanto el nuevo modo de producción como un nuevo sistema representativo, la verdadera democracia obrera.

Esta nueva democracia, con base en la fábrica, debía además articular y coordinar distintas instituciones, como por ejemplo, los círculos barriales, “ganglio que anude y concentre todas las energías proletarias del barrio” (Gramsci, 2004: 61). Estos círculos estaban compuestos por los delegados de las fábricas y por otros trabajadores que vivían en los barrios, como camareros, cocheros, tranviarios, ferroviarios, empleados privados, etc. Así,

el comité debería ser emanación de toda la clase obrera que viva en el barrio, emanación legítima y con autoridad, capaz de hacer respetar una disciplina, investida con el poder espontáneamente delegado, de ordenar el cese inmediato e integral del trabajo en el barrio entero. (Gramsci, 2004: 61).

La revolución, entonces, era concebida “como un proceso histórico generado ‘desde abajo’ (Arico, 2014: 100). Al poner el acento en el proletariado en tanto “agente social directo”, para Gramsci, como para Rosa Luxemburgo, el partido no podía vincularse desde el exterior “comunicando” la conciencia, sino que debía hacerlo desde el interior de la lucha de masas” puesto que es únicamente de esa forma que puede lograrse una dialéctica entre clase y dirección política, y concretar la fusión entre la espontaneidad social y la organización (Arico, 2014: 107-108). La revolución, entonces, no debía concebirse como el acto arbitrario de una organización autoproclamada revolucionaria, sino, al decir de Marx, obra de los obreros mismos.

El tema de la construcción del poder obrero “desde abajo” y de la centralidad de la fábrica, fue retomado en los años '60, en Italia, por un movimiento político e intelectual genéricamente

conocido como *operaísmo*, experiencia clave de la nueva izquierda meridional. El objetivo de este movimiento era quitarle al marxismo el halo reformista que lo encubría debido a la hegemonía del Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Socialista Italiano (PSI), y para ello consideraban necesario volver a las fábricas y reorganizar a “las únicas fuerzas auténticamente subversivas que viven dentro del capitalismo”: la clase obrera. En ese sentido, para los *operaístas*:

el proceso de desmitificación del marxismo no es posible sin *poder obrero*. En realidad, el poder obrero –la organización *autónoma* de la clase obrera- constituye el proceso *real* de la desmitificación, porque es la base *material* de la revolución. (Tronti, 2001: 41)

Aquel movimiento, que tuvo distintas etapas, se inició con la revista *Quaderni Rossi*, fundada por Raniero Panzieri -ex militante del PSI- en la Turín del Bienio Rojo, y continuó con la disolución de esta experiencia en 1964 y el surgimiento de múltiples expresiones entre las que se destacaron la revista *Classe Operaia*, fundada por Mario Tronti, Toni Negri y Alberto Asor Rosa en 1964, y la organización *Potere Operaio*, fundada entre 1967 y 1969¹².

Entre las ideas principales de los *operaístas* se destacaron la crítica al optimismo tecnológico de la izquierda tradicional; los conceptos de “composición de clase” y de “obrero masa”; y la implementación de la “encuesta obrera”, que suponía un método de co-investigación “desde abajo” donde los obreros participaban, junto a los intelectuales, de la producción de conocimiento (Grigera, 2012: 207).

Los *operaístas* consideraban que el desarrollo tecnológico del capitalismo llevaba el sello indeleble del capital y que la máquina era un dispositivo de poder, subordinación y disciplinamiento que no podía ser puesto en función de un proyecto emancipador porque había sido pensada y creada para una mayor dominación de la clase obrera. Esta hipótesis se sustentaba en la idea de que las innovaciones tecnológicas, lejos de ser un avance productivo con potencialidades liberadoras para el trabajo, eran respuestas que ensayaba el capital ante la organización y fuerza de la clase obrera para una mayor dominación. De este modo, como remarca Massimo Modonessi (2005), los *operaístas* abrían una novedosa perspectiva teórica al entender al desarrollo del capital como variable dependiente, es decir, como un proceso de ajuste permanente dirigido a contener la fuerza del trabajo. La actividad autoconsciente de la clase obrera, en ese sentido, era la variable independiente que obligaba constantemente al capital a cambiar y a desarrollar tecnología para sortear la resistencia y continuar sustrayendo plusvalor. Avanzando aún más en sus planteos, los *operaístas* consideraban que, en esa carrera por la dominación, el capital proyectaba la estructura de poder de la fábrica al resto de la sociedad produciendo una “sociedad-fábrica”:

en el nivel más alto del desarrollo capitalista, la relación social se convierte en un momento de la relación de producción, la sociedad entera deviene una articulación de la producción, esto es (...) vive en función de la fábrica y la fábrica extiende su dominio exclusivo sobre toda la sociedad. (Tronti, 2001: 55)

¹² Otras organizaciones operaístas fueron Autonomía Operaia, Prima Linea, Lotta Continua, Avanguardia Operaia.

La idea de la universalización de la lógica fabril al conjunto de la sociedad, llevaba a los *operaístas* a concentrar su atención en los centros productivos, el corazón de la maquinaria capitalista. Además, allí, fruto del desarrollo tecnológico creciente, había surgido un nuevo tipo de obrero, el “obrero masa”, híper integrado a la máquina, no calificado y expropiado subjetivamente, pero con una predisposición al conflicto y una potencialidad subversiva mucho mayor a la llamada “aristocracia obrera”, que ofrecía condiciones óptimas para el estallido insurreccional y la organización del poder obrero. Como afirma Modonessi, los *operaístas* destacaban “la centralidad política de la clase obrera, desde la perspectiva de la lucha; la fábrica se convertía en el espacio central del conflicto, un espacio de dominación pero también de construcción del antagonismo” (2005: 101). La revolución, entonces, “pasaba por la radicalización desde la lucha social hacia la lucha política” y, por ende, los esfuerzos debían estar puestos en llevar las demandas sindicales clásicas (como la salarial o las condiciones de trabajo) a un terreno de ruptura y no de negociación, por lo que impulsaban la estrategia del “rechazo al trabajo” basada en el sabotaje, el ausentismo y otras formas de lucha (Modonessi, 2005: 101-102).

Como dijimos, una de las principales expresiones organizativas fue *Potere Operaio*, una organización de características federativas que coordinaba diferentes núcleos políticos, con relativa autonomía entre sí, así como diferentes tendencias. En términos generales, sostenía la necesidad de un momento o una instancia armada como condición para la victoria revolucionaria, aunque la estrategia y el papel de la vanguardia debían mantenerse anclada al movimiento de masas. En su seno, sin embargo, se desarrolló un importante debate sobre las formas organizativas que debían darse y sobre el papel de la “vanguardia externa”¹³. Entre diversas posiciones, se destacaba aquella que planteaba que la conciencia no estaba “fuera” de las masas, sino que crecía en el interior de la lucha misma de estas, por lo que el papel de la organización política no podía pasar por la “conquista ideológica” de la clase obrera:

Nada tiene de común con nosotros un esquema que ve la relación partido masas en los términos: lucha obrera (económica en sí); organización económica de los obreros (sindicato); control del partido (conciencia externa) sobre la organización económica (cinta de transmisión) y por lo tanto sobre la clase. Sólo una relación que parte de la politización de la organización de masas para llegar al crecimiento y a la ligazón de las vanguardias de masa, en una dinámica dialéctica permanente, puede indicarnos el camino. Y todo ello se conecta no sólo a la exigencia subjetiva del desarrollo de la democracia de base, sino a necesidades objetivas: la revolución no vista ya como final ‘guiado’ de la catástrofe económica del capitalismo, sino como crecimiento del conflicto político entre capital y proletariado; es decir el pasaje de la perspectiva de la insurrección a la de la lucha armada de larga duración, aún en los países de capitalismo tardío. Hay en Lenin una definición histórica de la vanguardia que, hoy, es inaceptable. Y hay una enseñanza mucho más esencial, como lo es la denuncia implacable de toda abdicación a los objetivos de una dirección política revolucionaria, que debe ser mantenida sólidamente dentro de una relación vanguardia-masa (AAVV, 1973: 96).

¹³ Es de destacar que los debates que atravesaron a esta organización se conocieron tempranamente en Argentina gracias a los cuadernos de Pasado y Presente que, en su número 38, reprodujo un documento de discusión en el que se expresaron las diferentes posiciones sobre el problema de la organización que convivían en aquella experiencia.

Partiendo de esa forma de entender la relación vanguardia-masa, la organización revolucionaria debía estar al servicio del desarrollo de formas de conciencia, de lucha y de organización autónoma de las bases obreras. El objetivo, entonces, pasaba por la organización y la ligazón de las vanguardias de masas y por la extensión de los organismos de base:

Solamente así madura la dirección política general, y solamente así un conflicto de clases generalizado puede llevar a una situación de dualismo de poder y de destrucción del estado burgués. El problema no es ponerse a la cabeza de las masas, sino ser la cabeza de las masas” (AAVV, 1973: 97).

Como veremos a continuación, esta concepción tuvo mucho que ver con la sostenida por las FAP-PB.

Peronismo, vanguardia y basismo en las FAP-PB

Como hemos mencionado, la experiencia de las FAP y del PB puede ser mejor comprendida a la luz del recorrido teórico-conceptual que hasta aquí desarrollamos. Sobre todo, porque, como veremos a continuación, las ideas de la democracia y el poder obrero, así como el “control obrero de la producción” fueron fundamentales para la experiencia del basismo argentino. Asimismo, la manera en que ponderaron el vínculo entre espontaneidad y dirección consciente también tiene puntos de contacto notables con las ideas de Luxemburgo y Gramsci.

En relación a este último aspecto, si repasamos los principales documentos de la organización se torna evidente que una de las claves de su cosmovisión pasaba por una valorización de la experiencia obrera en términos de vivencia no tutelada y, por ende, con importantes niveles de espontaneidad, pero también, como remarca el propio Gramsci, con ciertos niveles de autoconciencia. Esto puede verse en la forma en que ponderaban a la lucha económica (sindical) y a la lucha política. Si bien dejaban en claro la diferencia entre ambos tipos de lucha y remarcaban los límites de la primera, la consideraban como fundamental por ser el primer paso en la politización de los trabajadores, la “primera forma de lucha con relación a los explotadores y del estado capitalista” y la primera forma de organización que se daba la clase para defenderse contra el despotismo del capital. De allí que, en la estrategia de poder de toda organización revolucionaria, la lucha gremial era un elemento fundamental:

(...) un frente de lucha por demás importante porque es allí donde va a ir surgiendo la organización de la clase obrera y el pueblo. La organización revolucionaria debe desarrollar y profundizar la conciencia político-sindical clasista por ser este el primer grado de lucha política contra las clases dominantes en la cual participan masivamente los trabajadores (PB, 1973).

En ese sentido, las luchas obreras aparecían como la arena principal desde la cual se iban forjando la conciencia proletaria y las condiciones para el surgimiento de los elementos dirigentes de la clase. Aquí pueden encontrarse paralelismos con las formas en que tanto Gramsci como Luxemburgo pensaban el vínculo entre organización y masa, entre dirección y espontaneidad. De hecho, para las FAP-PB la organización política debía trabajar desde “dentro de la lucha político-reivindicativa” y “acompañar a los trabajadores para que éstos vayan participando en la lucha política, apoyando a los activistas y planificando las tareas de enfrentamiento con los enemigos” (PB, 1973). Es decir, en palabras de la dirigente polaca,

proveer de línea a las fuerzas vivas del proletariado de modo tal que encuentren “expresión en el plan de batalla del partido”.

Como dijimos en la introducción, estas posiciones configuraron un *espíritu basista* y una idea de revolución “desde abajo” que se expresó tanto en su forma de entender al peronismo, como en su estrategia de poder y estructura organizativa, centrada y fundamentada en las Agrupaciones de Base.

En lo que respecta a la interpretación del peronismo, las FAP-PB lo consideraban como sinónimo de la clase obrera en tanto era fruto de su experiencia e identidad que, por otro lado, era explicada más por los años de resistencia que por los años de gobierno. Aquella definición partía de la autoridad política que les confería el hecho de que gran parte de sus miembros procedieran de las entrañas mismas de aquel movimiento y fueran protagonistas de aquellos años de lucha. De este modo, como remarca un entrevistado, la organización debe ser entendida como el resultado de “la conjunción de diferentes grupos que trabajaban juntos en los barrios, en las fábricas, en las parroquias... y que venían, casi todos, de la resistencia del peronismo contra Aramburu y Rojas” (Salguero, en comunicación con Stavale M, 2022). A la vez, para el caso de las FAP, Rafael Cullen coincide en señalar que se funda “sobre todo, con grupos cookistas y con gente que traía una militancia sindical y barrial proveniente del peronismo resistente” (Cullen, en entrevista con los autores, 2019).

En efecto, la “resistencia peronista” se transformó en una referencia fundacional para la organización, porque algunos de sus dirigentes principales formaron parte de ese proceso y animaron las primeras organizaciones revolucionarias del peronismo en los tempranos sesenta, y porque esta “experiencia acumulada” funcionaba como una suerte de mito de origen de la organización¹⁴. Es que, como dijimos, muchos de ellos¹⁵ participaron de las organizaciones semi-clandestinas que, surgidas desde las entrañas de las fábricas, dirigieron algunas de las huelgas más importantes del período resistente (James, 2010). Y partiendo de ello, construyeron un imaginario de esas luchas basado en el hecho de que se trató de un proceso insurreccional con altos niveles de espontaneidad, protagonizado exclusivamente por la clase obrera y, por ende, una experiencia clave para la conformación de su conciencia. Además, la resistencia había disuelto el carácter policlasista del peronismo, transformándolo en un fenómeno netamente obrero. En ese sentido, el hecho de que los vínculos militantes que dieron vida a la organización se hayan comenzado a afianzar y a fraguar durante aquel proceso es un elemento fundamental y distintivo.

En esta línea de análisis, uno de los documentos históricos del PB apunta:

¹⁴ Es de destacar que la mitologización de la Resistencia Peronista no ha sido privativa de las FAP-PB sino que ha formado parte de la memoria histórica del peronismo y, fundamentalmente, de sus formaciones de izquierda. Como indica Ernesto Salas (2006) la resistencia dejó una huella fundamental para la tradición combativa de los años setenta y setenta, convirtiéndose en un símbolo que adquirió variados sentidos para las diferentes variantes ideológicas del peronismo. Así, por ejemplo, para el caso de Montoneros, según Otero, la Resistencia fue fundamental para justificar su inscripción en la narrativa histórica del peronismo y la necesidad y legitimidad de la violencia popular, además de otorgarle un arquetipo heroico y romántico para la lucha revolucionaria. Según la autora, los guerrilleros “asociaron de manera directa su surgimiento con la Resistencia Peronista, entendiendo que la organización venía a formar parte y a coronar un largo proceso histórico de lucha popular” (2019a).

¹⁵ Entre ellos: Raimundo Villaflor, Raimundo Ongaro, Jorge Di Pascuale, Enrique Ardeti, Envar El Kadri, Juan Carlos Lucero, entre otros.

La resistencia muestra cómo la experiencia de la clase obrera no había sido en vano y el peronismo vive una transformación que aún no acaba de complementarse: ya no se organiza desde arriba, **sino que se expresa –sin ninguna ayuda- desde las fábricas, los talleres, los barrios**. Los activistas se forman en grupos a partir de la propia iniciativa y crean las comisiones internas de fábricas, el grupo de los “caños” (...) nace esa formidable demostración de **violencia masiva, espontánea, que marca a fuego a los obreros argentinos**” (PB, 1971) [El subrayado es nuestro]

Esta interpretación también se puede leer en sintonía con las ideas de Luxemburgo quien, como vimos, subraya el potencial creativo y de vanguardia que pueden adquirir las masas en estado de movilización y los efectos que sus luchas espontáneas pueden tener en la conciencia general de los trabajadores. De hecho, estas concepciones tienen reminiscencias en una serie de notas escritas por Rubén Dri, publicadas en *Militancia Peronista para la Liberación* -revista dirigida por Ortega Peña y Duhalde y un órgano de difusión de la constelación alternativista (Stavale M, 2018 y 2021). Allí, el referente intelectual del PB afirmaba que, a partir de la resistencia,

la lucha real se va gestando desde las bases, fuera de los aparatos burocráticos (...) de esta manera, va madurando la conciencia revolucionaria del peronismo, como necesidad de que la clase obrera forje la reorganización y las herramientas para la toma del poder (MPL n° 34, 7/2/74: 22).

Pero, además, un militante de las FAP-PB reconoce estas influencias y afirma:

(...) nosotros nos hicimos luxemburguistas... por eso los Montoneros decían que éramos basistas... ¿por qué? Porque el esquema de la organización obrera de Rosa Luxemburgo recupera el rol del soviét... pero la democracia del Soviet... y se diferencia del PC que [quiere] “chupar” el Soviet... intervenirlo y manejarlo desde el partido... Rosa Luxemburgo plantea una alternativa... plantea la alternativa independiente (Sbatella, en entrevista con los autores, 2022)

Dicho cruce no resulta azaroso si tenemos en cuenta que muchos de estos activistas forjaron sus militancias al calor de las influencias de J. W. Cooke, quien no sólo fue un líder de “la resistencia” sino, también, el mentor ideológico de la izquierdización del peronismo y, particularmente, un asiduo lector de Luxemburgo y de Gramsci (Mazzeo, 1999). Su evolución ideológica tuvo una importante influencia en las FAP y el PB: organizaciones que retomaron la forma en que el cookismo definió al peronismo, íntimamente ligado al potencial revolucionario de la clase obrera y de su creciente autonomía organizativa e ideológica (Stavale M, 2012).

Organizando desde las bases el poder obrero

La definición del peronismo como la expresión de las bases obreras, tuvo su correlato en una propuesta específica de las FAP-PB: la construcción de una organización independiente de y

para los trabajadores, en la que ningún sector no proletario, incluyendo a los sectores de la burocracia política y sindical del peronismo, podían formar parte:

Los PERONISTAS DE BASE no queremos saber nada con politiqueros, con milicos, con burócratas sindicales, con traidores, con grupitos que quieran su ‘propia’ revolución elaborada en una oficina. Ya estamos podridos de falsedad y traición. Queremos organizarnos solos. Formar NUESTRA PROPIA ORGANIZACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA independiente de la burocracia y del sistema (PB, 1972) [resaltado original]

Allí se expresaba, nuevamente una noción de vanguardia construida en oposición a la versión marxista-leninista. En efecto, la “alternativa” se consideraba como un emergente de “la historia del movimiento peronista, pues no ha sido inventada por algunos cerebros iluminados [sino que] representa una maduración y un verdadero salto cualitativo” (MPL n°34 :22). Pero a la vez, porque delineaba un modo específico de vinculación con las bases; como recuerda un entrevistado:

La conclusión más fuerte de ese período, la sintetiza Ardeti [dirigente de las FAP-PB Regional La Plata Berisso y Ensenada] él dice: “nosotros no vamos a ser Cowboy de la clase obrera”... es decir, no vamos a hacer lo que hacen las otras organizaciones... si la clase obrera no pelea, no peleamos”... sí vamos a estar para acompañar, pero no la vamos a reemplazar... eso, como conclusión, generó dos cuestiones: primero toda una dilución a la fábrica... y segundo, la tarea de ver cómo se generaba la resistencia obrera (...) (Sbatella, en entrevista con los autores, 2022)

Como vemos, esta concepción puede asimilarse a la sostenida por los *operaístas* quienes planteaban que el problema no debía pasar por “ponerse a la cabeza de las masas” sino por “ser la cabeza de las masas”. Ello permite, además, comprender la matriz de la estrategia de las FAP-PB: si la conciencia de los trabajadores surgía del interior de sus luchas y de su profundización y radicalización, y si el rol de la organización era el de acompañar y dirigir desde “abajo”, desde “adentro” y con “las armas en la mano”, la apuesta debía estar en el poder de las masas organizadas, en el “poder obrero”.

La idea de construir el “poder obrero” se fue consolidando a partir de 1973, fundamentalmente a la luz del desarrollo de la organización y de su inserción fabril. En términos generales, consistía en el desarrollo de cuatro ejes: la organización autónoma de los trabajadores en base a sus Agrupaciones de base; la democracia sindical, el control obrero de la producción y la lucha armada ligada a los conflictos obreros.

En este marco, las fábricas adquirirían una centralidad destacada, comprendidas como el espacio político para pensar una estrategia revolucionaria que lejos estaba de ser reducida a la lucha sindical. En efecto, aunque los basistas concebían a los sindicatos como organismos naturales de la clase obrera, catalizadores de su desarrollo y toma de conciencia, apostaron por la construcción de un instrumento político y revolucionario que permitiera dar el salto de la lucha puramente económica a la política: las Agrupaciones de base (Raimundo 2004: 15). Éstas fueron pensadas como organismos obreros que, basados en la propia representación, se concebían como “la forma en que los compañeros comienzan a organizarse políticamente, dentro de los lugares de trabajo (y no sólo sindicalmente)” (PB, 1973). Entonces, se trataba de

organismos revolucionarios que tenían por objetivo desarrollarse para, en ese camino, ir aportando a la construcción del Ejército del Pueblo. Para las FAP y el PB, las agrupaciones debían ser

un lugar dónde los activistas discutan políticamente, se formen y capaciten, aprendiendo la experiencia de otros lugares y, analizando permanentemente los problemas generales de la situación política [para, a partir de ahí] planificar las tareas a realizar en su lugar de trabajo (PB, 1973).

Aunque estos organismos de base también fueron pensados en otros frentes de masas como el territorial o estudiantil, estos espacios perdieron relevancia al calor de un marcado *obrerismo* que tendió a totalizar la estrategia política de las FAP y el PB. En este movimiento, la militancia fabril devino protagónica y el resto de las actividades giraron a su alrededor: sea porque, en un primer momento, el activismo territorial y estudiantil fue concebido como un “trampolín hacia las fábricas”; sea porque, se mantuvieron sólo en función del aporte que realizaban al trabajo político de la clase obrera en sus lugares de trabajo (Raimundo, 2004; Stavale M, 2022). Esta centralidad rememora a la concepción de “sociedad-fábrica” empleada por los *operaístas* que, como vimos, entabla una relación centrípeta y centrífuga de los núcleos fabriles hacia la comunidad; a la vez, también liga con la idea de la autonomía y la democracia obreras:

(...) el trabajo del PB era impulsar el cuerpo de delegados como un ente coordinador de la producción (...) los delegados tenían que saber y aprender el funcionamiento de toda la fábrica... y eso empezó a funcionar como un esquema de práctica política (...) y ahí leíamos a los italianos... “Potere Operaio”, Rosana Rosanda escribía eso... nosotros leíamos a Rosanda para ver cómo era el poder obrero... porque teníamos que aplicar teoría... y ver qué estaba pasando en otro lado... (Sbatella, en entrevista con los autores, 2022)

Estas concepciones cimentaban en la idea de una *alternativa* política, organizativa y metodológica que subrayaba el carácter inventivo de las masas. En efecto, al delinear los márgenes de esta propuesta, Dri afirmaba que

el método de las bases es revolucionario y va de ‘abajo hacia arriba’. La democracia no es un mero postulado teórico para aplicarse una vez que se haya tomado el poder, sino una exigencia que ya en el camino a la toma del poder debe irse poniendo en práctica (MPL n°32: 22).

Estas ideas pueden leerse atravesadas por un *espíritu consejista*, en tanto apuntaban a construir las bases de una democracia de nuevo tipo, específicamente proletaria, en la fábrica y a partir de los propios espacios de base de la clase. Así, en la importancia que la organización le otorgaba tanto a sus agrupaciones obreras como a los cuerpos de delegados y las comisiones internas, resuenan los planteos gramscianos sobre la potencialidad prefigurativa que los consejos obreros tenían a la hora de proyectar las bases de la sociedad socialista. Si Gramsci veía en las comisiones internas de la Fiat potenciales gérmenes de consejos obreros, los

basistas argentinos apostaron tanto al desarrollo de sus propias agrupaciones como también al desarrollo de comisiones internas clasistas como herramientas claves para construir el poder obrero.

Por otro lado, en el centro de su propuesta de democracia proletaria las asambleas de fábrica aparecían como método primordial para la toma de decisiones. A la vez, apostaban a métodos de acción directa –como las huelgas, las movilizaciones o las formas de autodefensa de los trabajadores- que buscaban fomentar ese protagonismo. Pero además porque, como sugiere Raimundo, la participación activa de los trabajadores en la toma de decisiones los volvía protagonistas de la estrategia política y sindical (2004: 16-17). De esta forma, las FAP y el PB bregaban por generar procesos que fueran “naturales” y “propios” a la experiencia de lucha de la clase obrera:

Estamos empeñados en la construcción del poder que los obreros necesitamos para destruir el poder de los patrones y nuestra propia explotación (...) que es ir construyendo una política propia (...) que nos permita en cada enfrentamiento por nuestras reivindicaciones, arrancarles tajadas de poder a los patrones (...) Así, en muchas fábricas, estamos presentes aportando las conclusiones que surgen de la experiencia de la clase obrera peronista, desde dónde debemos aprender a dirigir nuestras luchas para transformar nuestro número en fuerza, nuestro espontaneísmo en organización, nuestras derrotas en triunfo (FAP, 1975)

Estos objetivos encarnaron en una idea central: la del “control obrero de la producción”; una consigna que era recuperada de experiencias previas como los programas de “La Falda”, “Huerta Grande” o la CGT-A en las que, como hemos dicho, muchos de los basistas habían participado. Al definir a los trabajadores como los verdaderos protagonistas del proceso de valorización del capital, el control obrero de la producción aparecía como una reivindicación y demanda legítima. En un documento publicado en la revista *Evita* (órgano de difusión del PB), definían la consigna a partir de diversas aristas:

Para los trabajadores peronistas, el control obrero significa que la producción de todas las empresas del país, sean estatales o privadas, deben tener en cuenta las necesidades del pueblo explotado y no el lucro de los capitalistas; los trabajadores somos lo que realmente sabemos qué necesita el pueblo para vivir (...) mediante el control obrero, exigimos que el Estado obligue a todas las empresas a producir eso que el pueblo necesita y no lo que les de mas ganancia (...) Es prioritaria la educación del pueblo, la salud pública, los beneficios sociales (...) Para que todo esto sea posible, los trabajadores debemos participar en la planificación de la producción, a través de nuestros propios organismos representativos (...) debemos fijar los planes de producción, las ganancias de la empresa, la distribución de esas ganancias, los planes de inversión, los sueldos (Evita, 9/73: 4)

Este control (asegurado a través del complejo de organizaciones de base y de la lógica de participación y decisión democrática que anteriormente describimos) eran los fundamentos de un proyecto de poder que emulaba al consejismo gramsciano.

Por último, es necesario destacar que esta concepción de poder seguía enmarcada en una estrategia más amplia que incluía la lucha armada. Ahora bien, a diferencia de sus inicios, el

vínculo entre lucha armada y trabajo de masas se desplazó, no sin tensiones ni rupturas, en favor de este último. Si bien continuaron sosteniendo que la revolución sólo podía triunfar en un proceso de guerra popular y prolongada, afirmaron que la formación del ejército popular debía brotar de la organización de las bases. En este punto también existía una coincidencia con la concepción sostenida por Potere Operaio, organización que defendió la lucha armada anclada en las demandas obreras.

Así, a diferencia de otras organizaciones político-militares de la época, como Montoneros o ERP –que proponían un enfrentamiento directo con los militares-, las FAP-PB concentraron sus acciones en la disputa gremial, contra “burócratas y traidores” y contra la patronal (Pis Diez y Stavale M, 2022). Desde la perspectiva de la organización, estas acciones debían medirse en función del nivel de conciencia de la clase obrera y articularse con sus reivindicaciones y luchas. De lo que se trataba era de “generar en los compañeros una confianza de su propia fuerza... no queríamos ser Robin Hood, apareciendo para resolver los problemas... nosotros teníamos que fortalecernos... fortalecer a los trabajadores” (Cieza, en entrevista con Stavale M, 2021). En la propuesta de las FAP-PB, entonces, la fuerza militar revolucionaria aparecía como apuntalamiento del poder obrero, al mismo tiempo que como un elemento politizador que ayudaba a radicalizar el enfrentamiento entre el capital y el trabajo y que, por ende, nunca debía autonomizarse de la dinámica de las bases.

A modo de conclusión

A lo largo de este artículo, hemos buscado avanzar en la reconstrucción de una organización que, a pesar de sus particularidades e importancia en los procesos de lucha de la clase obrera argentina durante los convulsionados años setenta, no ha sido formalmente indagada. Nuestra intención ha sido subrayar una experiencia original que se distingue del resto de las organizaciones revolucionarias de la nueva izquierda tanto por sus concepciones en torno al peronismo y el vínculo con la revolución, como por su particular propuesta organizativa. Creemos que la forma en que las FAP y el PB radicalizaron sus prácticas expresó un proceso de izquierdización del peronismo que se nutrió directa o indirectamente del desarrollo teórico y conceptual de un conjunto de autores de la tradición marxista, en la que sobresalen con especial énfasis los aportes de Luxemburgo, de Gramsci y del operaísmo italiano (que además fue contemporáneo al basismo argentino).

Aunque, a tono con la imagen de una “organización desorganizada” con la que ha sido caracterizada la experiencia de las FAP y del PB, la relación teórica y conceptual que aquí planteamos no se reflejó en un espacio orgánico de formación de sus militantes, sí es posible rastrear estas influencias que además cristalizan en las ideas de la organización. En efecto, pese a la disparidad de memorias de algunos de sus militantes, la influencia se ratifica. De modo que, si por un lado, Rubén Dri, referente del PB en Chaco, recuerda las lecturas de textos de Luxemburgo y de Gramsci para “pensar la línea teórica de la Alternativa Independiente” (Dri, en comunicación telefónica con los autores, 2022); un activista de la regional La Plata Berisso y Ensenada descarta haber leído a estos autores de primera mano, pero confirma que, en lecturas posteriores, es posible realizar estos paralelismos: “mi hermano [también militante de las FAP y el PB] se fue a México y ahí se puso a leer a los concejistas y me dijo: “nosotros éramos concejistas”... otros te dicen: “nosotros éramos luxemburguistas”... cuando se entran a definir, se ve que íbamos por ese lado” (Cieza, en entrevista con los autores, 2022).

Estas diferencias pueden estar hablándonos del rol político-intelectual de algunos activistas de las FAP-PB –como Rubén Dri, José Sbatella pero, también, Raimundo Villaflor o Enrique Ardeti- que, nutridos por estas lecturas, hayan introducido ciertos conceptos en la re-elaboración de las propias apuestas. O, también, puede ser una invitación a subvertir la

relación entre la práctica y la teoría, para pensar que son los fenómenos sociales los que producen, también, sus conceptos; desde allí es posible pensar estas coincidencias. De cualquier modo, más allá de que no existan fuentes oficiales que den cuenta de una formación directa con los textos que aquí hemos analizado, consideramos que estas referencias teórico-ideológicas son claves para reconstruir la línea de las FAP y el PB e identificar los nudos ideológicos que animaron tanto sus prácticas como sus propuestas políticas, marcándonos una agenda de trabajos futuros.

Bibliografía

- AAVV (1973). *Teoría marxista del partido político*, Cuadernos de Pasado y Presente. Córdoba.
- Aricó, J. (2014). “Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Gramsci” En: *Pasado y Presente: edición facsimilar*, Biblioteca Nacional.
- Baschetti, R. (1997). *Documentos de la resistencia peronista (1955-1970)*, De La Campana.
- Bonavena, P. (2005). “El Integralismo de Córdoba frente a la Revolución Argentina durante 1966: La radicalización del catolicismo universitario”, IV Jornadas de Sociología, FaHCE/UNLP.
- Bozza, J.A. (2009) “La voluntad organizada. La CGT de los Argentinos: una experiencia de radicalización sindical”. *Anuario IdHIA*, 9. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/12431>
- Fiori, G. (2009). *Vida de Antonio Gramsci*, Peón Negro.
- Gillespie, R. (2008). *Los soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Sudamericana.
- Gramsci, A. (2004). *Antología*, Siglo XXI.
- Gonzalez Canosa, M. (2021). *Los futuros del pasado. Marxismo, peronismo y revolución. Una historia de las FAR*, Prometeo Libros.
- ___ & Stavale M. (2021). “Peronismo, izquierda y lucha armada. Balance bibliográfico y perspectivas analíticas sobre las organizaciones armadas peronistas en clave comparada”. *Revista Páginas*, 13 (31). <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>
- Grigera, J. (2012). “El operaismo italiano y su historiografía: Introducción a las ‘Ocho tesis sobre la historia militante’”, *Sociohistórica*, 29
- http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5633/pr.5633.pdf
- Gurrucharri E. & Perez, E. & Fontana, J. & Alfaro S. (2020). *La patria socialista. Una historia de la corriente del peronismo revolucionario MRP-JRP-FRP-MR17-FR17*, Ediciones En Lucha.
- James, D. (2010). *Resistencia e Integración. El Peronismo y la clase trabajadora en Argentina*, Siglo XXI.
- Lanusse, L. (1995). *Montoneros. El mito de los 12 fundadores*, Editorial Vergara.
- Lucevce, C. (1993). *Las Fuerzas Armadas Peronista y el Peronismo de Base*, CEAL.
- Luxemburgo, R. (2005). *Obras escogidas*, Editorial Antídoto.
- Mazzeo, M (comp) (1999). *Cooke, de vuelta (El gran descartado de la historia argentina)*, La Rosa Blindada.
- Otero. R. (2019). *Montoneros y la memoria del peronismo*. Prometeo Libros.
- Otero. R. (2019a). “Las memorias de la Resistencia peronista en los orígenes de Montoneros”. *Travesía*, N° 1, pp.1-2, <http://www.travesia-unt.org.ar/cuerponumeros.php?nlibro=27>

Perez, E (2003) “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”. En: Duhalde E & Pérez E., *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Una historia documental de las FAP – PB*, De la Campana.

Pozzi, P. y Schneider, A. (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Eudeba.

Raimundo, M. F. (2004). “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa”, *Sociohistórica*, N° 15-16, <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar>

Salas, Ernesto (2006): *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Editorial Biblos

Seminara, L. (2015). *Bajo la sombra del Ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia*. Imago Mundi.

Stavale, M. (2012). “Las Fuerzas Armadas Peronistas y su experiencia alternativa, 1964-1979”. Tesis de Grado, FaHCE/UNLP.

<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.705/te.705.pdf>

____ (2018). “Las revistas Militancia Peronista para la Liberación y De Frente con las bases peronistas. Una propuesta alternativa para la identidad política del peronismo revolucionario, 1973-1974”. Tesis de Doctorado, FaHCE/UNLP.

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/67866>

____ (2021). “El peronismo es de los trabajadores. La corriente alternativista del peronismo revolucionario durante el tercer gobierno de Perón”. En: M.C. Tortti & M. González Canosa, *La nueva izquierda en Argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*, Prohistoria Ediciones.

____ & Pis Diez, N. (2022). “Lucha armada, nueva izquierda y militancias en América Latina: debates y notas de investigación desde un estudio de caso local”, en: *Rúbrica contemporánea* 11, 21.

<https://revistes.uab.cat/rubrica/article/view/v11-n21-pis-stavale>.

____ & Stavale, S. (2022) “Peronistas y Marxistas por la Patria Socialista: Un análisis comparativo del Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo y el Peronismo de Base ante el tercer gobierno peronista”. *Revista Anuario del Iehs*, 37, 1. <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/>; DOI: 10.37894/ai.v37i1.1356

____ (2022) “Del interior para el centro y de abajo para arriba”: Los orígenes del Peronismo de Base en Córdoba y La Plata, Berisso, Ensenada. 1970-1973”, *Folia Histórica del Nordeste* (aceptado el 3/10/2022).

Tortti, M.C. (2014). “La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución”. En M.C. Tortti (Dir), M. Chama & A. Celentano (Co-Dir), *La nueva izquierda argentina (1955-1976)*. *Socialismo, peronismo y revolución*, Prohistoria Ediciones.

____ (2021). “Historia reciente y nueva izquierda: una revisión”. En: M.C. Tortti & M. González Canosa (Dir). *La nueva izquierda en Argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*, (pp.: 17-36). Rosario: Prohistoria Ediciones.

Tronti, M (2001). *Obreros y Capital*, Ediciones Akal.

Documentos consultados:

PB (1971) “Por qué somos peronistas de Base”, en: www.eltopoblindado.com

PB (1972). “Compañeros, somos peronistas de base...” en: www.eltopoblindado.com

PB (1973). “Sindicalismo y clasismo”, publicada en: Militancia Peronista para la Liberación No. 33, 31/01/1974.

Militancia Peronista para la Liberación, N° 32, 24/01/1974 y N° 34, 7/02/1974.

Evita, 09/1973.

FAP, “Conflicto UTA de La Plata”, 1975. En: Duhalde, E. y Perez, E. De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las FAP - PB, La Plata: de la Campana.

Entrevistas realizadas:

Cieza, Guillermo, en entrevista con Stavale M, 2021.

— En entrevista con Savale M y Stavale S, 2022

Cullen, Rafael, en entrevista con Stavale M y Stavale S, 2019.

Dri, Ruben, Comunicación telefónica con Stavale M, 2022

Sbatella, José, en entrevista con Stavale M y Stavale S, 2022

Salguero, en comunicación telefónica con Stavale M, 2022

Notas